

La leyenda de Jauja

Una donosa leyenda se ha formado en los dominios de España, popularizada por las antiguas aleluyas que corren en los romanceros desde mediados del siglo XVI, y se ha perpetuado hasta en los Diccionarios de la lengua del XIX, como en el famoso de Domínguez, incomparable centro de disparates y extravagancias.

Este chistoso lexicógrafo, y todos los españoles que encuentran por acaso algún hijo del nuevo mundo, lo primero que le dicen es:—¿Viene Ud. de la tierra de Jauja, donde llueven buñuelos y otras maravillas sin cuento? Esto nos prueba que aun entre nuestros contemporáneos de la península Ibérica se acepta aún como dogma histórico la existencia paradisiaca de la famosa Jauja, y cuenta que casi la totalidad de los que en ella creen, ignoran la de la real y geográfica ciudad de este nombre.

Vale, pues, la pena de decir algunas palabras para informar á los lectores, tanto españoles como americanos, acerca del origen de los romances y cuentos de mil y una noches, que se han perpetuado con el nombre de Jauja.

He aquí la explicación en dos palabras, y que no admite réplica.

En 1534 llegaron á Sevilla los primeros barcos en que Pizarro enviaba á los indigentes reyes de Castilla las primicias de las inagotables riquezas del *Perú*.

Tal fué la novedad del acontecimiento y la admiración que él causó en el país cuya reina católica disfrutaba de tan escasas rentas que se veía obligada á remendar sus calcetas, empeñar sus joyas y á pedir prestado el dinero que sirvió para el descubrimiento del Nuevo Mundo, que el nombre del Pe-

rú repercutió en los cuatro ángulos de la Península, se dió en el acto á una de las principales calles de la antigua metrópoli (Valladolid) y se convirtió en sinónimo de riqueza nunca vista.

Desde entonces data la frase que se extendió á todos los países de Europa: *eso vale un Perú, no es el Perú*, etc. pero la voz *Perú*, sinónima de incomparable riqueza, tiene otra equivalente, de igual origen, que solía remplazarla en aquellos remotos tiempos y que sólo la leyenda ha conservado: *Jauja, la famosa Janjá*.

¿Por qué esta sinonimia? La explicación es obvia.

En aquellos dichosos tiempos en que la geografía no era conocida sino por el nombre, y la mayor parte de los hijos de España no sabían dónde estaba el Perú, ni las ciudades que recorrían sus conquistadores, al ver las primeras relaciones de Pizarro datadas en un lugar que él llamaba Xauxa (hoy Jauja) identificaron el nombre de esta ciudad con la riqueza del Perú. Téngase en cuenta que el año mismo en que se recogió el rescate de Atahualpa, los españoles partieron en dirección del Cuzco y se detuvieron á mitad de camino en la antes opulenta ciudad de Xauxa, que fué el origen de la capital del Perú, trasladada pocos meses después á Lima. Desde aquella ciudad escribió varias cartas Pizarro á los reyes, y no es difícil comprender que la imaginación popular identificase el país de las fabulosas riquezas, que llegaban á diario, con la ciudad de donde venían tan portentosas nuevas. De allí que en los primeros tiempos se confundieran los dos nombres y se dijera indistintamente: ese es un Perú ó eso es Xauxa, tomando la parte por el todo y la ciudad por el imperio. Vino después la ignorancia popular, principal creadora de las leyendas, y comienzan las relaciones de la tierra fabulosa de Jauja, que algunos suponen hasta una isla, como el autor del romance publicado en la colección Rivadeneira tomo 16 que reproducimos á continuación. No se necesitaban muchas lucubraciones para llegar á esta solución: pero era preciso una vez por todas presentarla al público, para acabar con la famosa fábula que hasta hoy se ha conservado, sin que nadie que sepamos haya tratado de explicarla.

No será demás indicar la verdadera situación de esta ciudad, capital de la provincia de su nombre en el departamen-

to peruano de Junín, á más de tres mil metros sobre el nivel del mar, á los 11° 44' de lat. sur y 77° 29' long. al O. de París, á 45 leguas de Lima y 10 de Tarma. Tiene 9008 habitantes. El ferrocarril de Lima á la Oroya llega ya á pocas leguas de esta ciudad, considerada como el mejor clima para la curación de la tuberculosis. Jauja tuvo notable importancia en tiempo de los Incas y se conservan aún algunos de sus antiguos monumentos de que hablan Cieza y otros cronistas. Pizarro encontró en ella inmensos almacenes de víveres, vestidos, etc. que sirvieron mucho á los españoles y que causaron gran admiración.

M. GONZÁLEZ DE LA ROSA

París, 1907.

He aquí el poema:

LA ISLA DE JAUJA

(Anónimo)

Desde el Sur al Norte frío,
 Desde el Oriente al Ocaso,
 La fama con trompas de oro
 Publique en acentos claros
 El suceso más famoso,
 Y el más prodigioso hallazgo
 Que el dorado sol registra
 Luz á luz y rayo á rayo.
 Es el caso que un navío
 Del general D. Fernando,
 Surcando del dios Neptuno
 El más sazonado charco,
 Ha descubierto una isla,
 Cuyos grandiosos espacios
 O son jardines de Venus,
 O son pensiles de Baco;
 Cuyas casas eminentes,

Cuyos rumbosos palacios,
O brillan con margaritas
O deslumbran con topacios:
Sus fachadas y paredes
Todas son de piedra mármol,
De marfiles espejosos,
Y cándidos alabastros;
Sus cuadras son aposentos
Que están todos entoldados
De tela de plata y oro,
Y brocado de tres altos.
Bufetes de filigrana,
Escritorios de oro vario,
Baúles de pedrería,
Camas de cristal cuajado,
Sábanas de holanda prima,
Colchas de vistosos lazos,
Mantas de olorosas felpas,
Colchones de pluma blandos.
Llámase esta ciudad Jauja,
Isla deliciosa, y tanto,
Que allí ninguna persona
Puede aplicarse al trabajo,
Y al que trabaja le dan
Dóscientos azotes agrios,
Y sin orejas le arrojan
De esta tierra desterrado.
Allí todo es pasatiempos,
Salud, contento y regalos,
Alegría, regocijos,
Placeres, gozos y aplausos.
Vívase allí comunmente
Lo menos seiscientos años
Sin hacerse jamás viejos,
Y mueren de risa al cabo.
Las calles de esta ciudad
Hacen con curioso ornato
De ébanos y de marfiles
Curiosos encajonados;
Las murallas que las cercan,

Siendo de bronce dorado,
Tienen de cerco diez leguas
Y de ancho doscientos pasos.
Doce principales puertas
Que están diamantes brillando
Paso á la ciudad ofrecen;
Pero defienden el paso
Dos guardas en cada una,
Que hechos vigilantes Argos
No dejan entrar adentro
Pesares, congojas, llantos.
Solo la entrada franquean
Los guardas á todos cuantos
Forasteros quieren ir;
Y lo que pasa en llegando,
Es que salen diez doncellas
Vestidas de azul y blanco,
Tan bizarras como hermosas,
Y con instrumentos varios
Le llevan en medio de ellas
A un riquísimo palacio,
De que toma posesión,
A su obediencia quedando
Las damas, para asistir
A su servicio y regalo;
Y de quince en quince días,
O de mes en mes lo largo,
Vienen otras diez doncellas
De refresco, y con regalos,
Que son hechizos de amor
Y de la hermosura encanto.
Es tan rica esta ciudad,
Y es abastecida tanto,
Que si acierta á descubrirlo
Mi pluma, será un milagro.
Primeramente hay en ella
A trechos proporcionados,
Treinta mil hornos, y todos,
Tienen, sin costar un cuarto,
Con abundancia molletes,

Pan de aceite azucarado,
Bizcochos de mil maneras,
Chullas de tocino magro,
Empanadas excelentes
De pichones y gazapos,
De pollos y de conejos,
De faisanes y de pavos,
De lámpreas, de salmones,
De atunes, truchas y barbos,
De sabogas y besugos,
Y de otros muchos pescados;
Pastelones de ternera,
Lechoncillos bien tostados,
Tostadas de varios dulces
Y de sazónados agrios;
Cazuelas de codornices,
De arroz, tórtolas y gansos,
Y de otros pájaros bobos
Sabrosos y extraordinarios.
Hay un mar de vino griego,
Otro de San Martín, blanco,
Dos ríos de Malvasía,
De vino moscatel cuatro .
De hipócrases tres arroyos,
De limonada diez charcos,
De agua de limón y guindas
Canela y anís, seis lagos;
De vinagre blanco y tinto
Diez balsas en breve espacio,
De aguardiente treinta pozos,
Los más de ellos anisados;
De agua dulce, clara y fresca,
Doce mil fuentes, que es pasmo
Lo artificioso de todas,
Lo primoroso y lo vario;
De queso una gran montaña,
De malteadas un campo,
De manjar blanco una dehesa,
Y de cuajada un barranco;
Un valle de mermeladas,

De mazapanes dos llanos,
De canalones dos montes,
Y de acitrón dos collados.
Hay de miel un largo río,
Guarnecido y margenado
De arboledas cuyos frutos,
Son pellas de manjar blanco:
Hay hojaldres muy sabrosos,
Buñuelos almibarados,
Mantequillas, requesones
Y pepinos confitados.
Hay treinta acequias de aceite,
Y un dilatado peñasco,
La mitad de queso fresco,
Y la otra mitad salado.
Hay diez y siete lagunas
Contínuamente manando
Aceitunas como huevos,
Y alcaparrones tamaños;
Hay de leche un ancho río,
En muchas partes helado
Otro de natas y azúcar
A los golosos brindando.
Hay una hermosa arboleda
Que tiene por todo el año
Peras, membrillos, camuesas,
Melocotones, duraznos,
Manzanas, granadas, higos,
Todo bueno y sazonado.
Hay campos que dan melones
Ya blancos, ya colorados,
Ya chinos, ya moscateles,
Ya escritos ó ya borrados.
Hay un espacioso bosque
Adonde nacen caballos,
Andantes y corredores,
Ensilados y enfrenados,
Potros, yeguas, mulas, vacas,
Carneros, cabritos, gamos,
Corzos, cabras y terneras,

Jabalíes y venados.
Hay un millón de carrozas,
De coches un *mare magnum*,
De centeno y trigo, montes,
De paja y cebada barrios,
Hay ciento y cincuenta cuevas
Que ninguna tiene amo,
Llenas de paño de Londres,
De sedas y de brocados,
Tafetanes y tapices,
Espolinos y damascos,
Toda variedad de sedas,
De lanas y de brocados.
Para las señoras damas
Hay también vestidos varios,
Muy llenos de plata y perlas,
Y de diamantes bordados,
Sin que falte cosa alguna
Que sea para su ornato;
Y todo lo dicho cuesta
Solo llegar y tomarlo.
Hay una hermosa alameda
De cuyos copiosos ramos
Penden diversos vestidos
A cada cual ajustados,
Ropillas, guantes, coletos,
Sombreros, medias, zapatos,
Camisas, valonas, vueltas,
Calzones, ligas y lazos.
Hay cuatrocientas iglesias
Ermitas y santuarios,
Todas de plata maciza
Y oro fino fabricados.
La riqueza y ornamentos,
De esculturas y retablos,
Considérelo el prudente
Mientras lo envidia el avaro.
De nieve hay una montaña;
De virtud prodigio raro
Que calienta en el invierno

Y refresca en el verano.
Hay en cada casa un huerto
De oro y plata fabricado,
Que es prodigio lo que abunda
De riquezas y regalos.
A las cuatro esquinas de él
Hay cuatro cipreses altos:
El primero dá perdices,
El segundo galli-pavos,
El tercero cría conejos
Y capones cría el cuarto.
Al pie de cada ciprés
Hay un estanque cuajado,
Cuál de doblones de á ocho,
Cuál de doblones de á cuatro,
Animo, pues, caballeros
Animo, pobres hidalgos;
Miserables, buenas nuevas,
Albricias todo cuitado
Que el que quisiere partirse
A ver este nuevo pasmo,
Diez navíos salen juntos de la
Coruña este año.

